

*Un legado beauvoiriano: el trabajo doméstico en la perspectiva del feminismo materialista de Christine Delphy**

Mariana Smaldone**

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Resumen: En la década del 70, Christine Delphy presenta la perspectiva del feminismo materialista focalizándose en el trabajo doméstico no remunerado. El análisis de Delphy pone de manifiesto el legado del pensamiento de Beauvoir, puesto que retoma las críticas al marxismo clásico, en tanto que dicha teoría no explicita las condiciones de opresión y de explotación de las mujeres. Estos temas y su tratamiento desde el feminismo materialista los situamos en algunos estudios latinoamericanos. Nos referimos a la ocupación en el “servicio” y las tareas domésticas, y a la segregación que se produce entre las mujeres. Por último, ampliamos el marco de la recepción del pensamiento de Beauvoir, en particular la cuestión de las mujeres trabajadoras, a partir del análisis de Marcela Nari.

Palabras clave: Delphy, Beauvoir, feminismo, trabajo doméstico no remunerado

One of Beauvoir's Legacies: Domestic Work in the Perspective of Christine Delphy's Materialist Feminism

Abstract: In the 70's Christine Delphy introduces a perspective of materialist feminism focusing on unpaid housekeeping work. Delphy's analysis shows the legacy of Beauvoir's thought, since it takes up her critiques of classical marxism inasmuch as it doesn't specify clearly the oppression and exploitation of women. We locate these issues and their treatment in some Latin-American studies. We refer to the activity of “domestic help” and

household chores and the segregation which occurs among women. Finally, we expand the range of the reception of Beauvoir thinking, particularly the issues of working women from the viewpoint of Marcela Nari's analysis.

Key Words: Delphy, Beauvoir, feminism, unpaid housekeeping

Introducción

En el marco general de las investigaciones sobre la recepción de *Le deuxième sexe* (1949), abordamos el análisis de Christine Delphy acerca del trabajo doméstico, en tanto pone de manifiesto la renovación del impacto del pensamiento de Simone de Beauvoir. Precisamente, hacia la década del 70, la socióloga y pensadora francesa Christine Delphy reactualiza la indagación acerca de la cuestión de las mujeres trabajadoras, avanzando en su perspectiva de análisis del feminismo materialista y focalizándose en un problema clave para el feminismo y las luchas de las mujeres: el trabajo doméstico, entendido como no remunerado. Básicamente, Delphy se refiere a los trabajos que realizan habitualmente las mujeres en la unidad doméstica, conocidos también como las tareas o labores de las “amas de casa”, y en particular a las relaciones de las mujeres con la producción. La autora observa que no se encuentra

*Este artículo es resultado del proyecto de investigación realizado entre enero de 2012 y octubre de 2013, titulado “Conciencia y concienciación en Simone de Beauvoir. Recepción y análisis de los entrecruzamientos de género y clase en la construcción del nosotros”. El trabajo se realizó con beca doctoral otorgada por el Centro Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), dirigida por la Dra. Beatriz Emilce Cagnolati y la Dra. María Luisa Femenías. **Recibido el 15 de noviembre de 2013, aceptado el 19 de diciembre de 2013.**

**Profesora de Filosofía, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Asimismo, es integrante del Proyecto H. 591: “La constitución del sujeto-agente: los aportes de la filosofía de Judith Butler y su influencia actual” dirigido por la doctora M.L. Femenías y radicado en el Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género, FaHCE, Universidad Nacional de La Plata. Entre sus trabajos publicados o en prensa encontramos: “Homosexualidad y reconocimiento: Antecedentes beauvoirianos en las reformulaciones de Butler”, en Femenías, M.L., Cano V., y Torricella, P. (Comps.). *Judith Butler, su filosofía a debate*. Facultad de Filosofía y Letras, UBA (en prensa); “Una tesis innovadora en la Argentina de los sesenta: fenomenología de la maternidad. Diálogo con Lucía Piossek Prebisch” en *Mora*, Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, vol. 19 no. 1, Ciudad Autónoma de Buenos Aires jun. 2013. Dirección electrónica: intismal@hotmail.com

en el análisis de clases una explicación sobre estas relaciones, pero tampoco acerca de la situación específica que viven las mujeres como oprimidas. Acorde con esto, se plantea la necesidad de partir del concepto de opresión y analizar dichas relaciones, con el propósito de proporcionar al movimiento feminista los fundamentos de un análisis materialista de la opresión.

Asimismo, Delphy hace mención además de la llamada “doble jornada”, esto es: la distribución del tiempo entre la jornada laboral por la cual se percibe un salario, y el ya mencionado trabajo en el interior del hogar, que no cuenta con valor para su intercambio. Por nuestra parte, a partir de algunos estudios actuales latinoamericanos, enfatizamos que entre los trabajos pagos que realizan las mujeres, fuera de la casa, se encuentra también el “servicio doméstico” o los trabajos de cuidado de otras personas. Respecto del estudio pormenorizado que presenta Delphy, en un contexto de debate con algunos sectores del activismo de izquierda por los años 70, resaltamos que conlleva como uno de los correlatos teóricos-conceptuales la definición de la “situación de clase” de las mujeres. En este sentido, consideramos que el estudio delphyano reactualiza la línea teórica en la que Beauvoir plantea la “cuestión de la mujer”, en sentido ético, político y epistémico, sentando precedentes para el desarrollo del pensamiento contemporáneo y la praxis feminista.

Precisamente, en la década del 70, Delphy se pronuncia “por un feminismo materialista”, esto es, “un modo de hacer intelectual” que, teniendo como fuentes principales la metodología materialista y el pensamiento y la praxis feministas, atiende a las necesidades de explicar las causas estructurales de la opresión específica de las mujeres, como también de constituir una fuerza política autónoma. De esta forma, desarrolla la interpretación feminista de la historia que, en términos de la autora, es “materialista”, en tanto “sus premisas la llevan a considerar las producciones intelectuales como producto de unas relaciones sociales y a considerar estas últimas como relaciones de dominación” (Delphy, 1985: p. 31). Vale subrayar que, así como los fundamentos del análisis materialista de la opresión que logra proporcionar el estudio

delphyano son un aporte a la “toma de conciencia” por parte de las mujeres y, en tanto dicho análisis procede de la rebelión feminista, en términos de la pensadora, este enfoque novedoso puede aplicarse necesariamente a la totalidad de la experiencia humana, individual o colectiva.

A partir del despliegue del pensamiento delphyano, sostenemos que se continúa además la línea beauvoiriana de la desnaturalización de las concepciones del “ser mujer” y se retoman las críticas al marxismo clásico, en tanto que dicha teoría no da cuenta de modo específico de las condiciones reales de opresión y de explotación que viven las mujeres. Así como Beauvoir parte del principio del materialismo histórico pero señala sus limitaciones, en particular del estudio engeliano, al abordar el caso de las mujeres, Delphy no rechaza la metodología materialista sino que, desde el “feminismo-punto de vista teórico” (Delphy, 1985: p. 36), renueva la teoría marxista aportando un nuevo enfoque materialista para el análisis de la opresión de las mujeres.

En cuanto a la cuestión metodológica de la llamada “ciencia de la historia”, precisamos que el punto de partida de Marx, al intentar captar el encadenamiento histórico de las relaciones humanas, son los individuos reales, su acción y las condiciones de vida materiales, y en tanto establecen relaciones con la naturaleza y entre ellos para producir aquellas cosas que les son necesarias. Se trata del principio metodológico que guía la investigación para la explicación de las relaciones funcionales entre las diferentes esferas de la sociedad. En este sentido, la investigación histórico-materialista parte de presupuestos empíricos; a partir de cada sistema de relaciones de producción, que surgen en un determinado estadio del desarrollo de las fuerzas productivas, se explican las leyes generales y especiales de cada formación. En dicho análisis los elementos no son tomados como aislados, sino que mediante el ordenamiento de los elementos esenciales se busca dar un sentido a la totalidad.

No obstante, Delphy observa que el punto de vista marxista presenta limitaciones si, a partir de la misma teoría del materialismo histórico, se pretende hallar una explicación de la situación de opresión que viven las mujeres en tanto mujeres. Precisamente,

como lo enuncia Delphy, el materialismo histórico se centra en el análisis de los antagonismos sociales en términos de clases que, a su vez, son factibles de definición según el lugar que ocupan dentro del proceso de producción. Pero como también lo explicita la autora, no pueden aplicarse estos principios al caso de las mujeres, puesto que se prescinde de analizar las relaciones específicas de las mujeres con la producción (Cfr. Delphy, 1985: p. 11). Por tanto, desde la posición del feminismo materialista, Delphy especifica el modo de producción doméstico como base de la explotación y encara un análisis de clase de las mujeres, en el marco de una “revolución del conocimiento” (Cfr. Delphy, 1985: p. 36).

Vale señalar que este análisis lo hallamos en una de sus primeras obras: *L'ennemi principal*¹; en todo caso, en su obra reciente, *Classer, dominer. Qui sont les “autres”?*², Delphy reconfigura la explicación de su análisis materialista acerca de la división y las jerarquías sociales en torno a cuestiones de género, clase y etnia. Dicho brevemente, en esta última obra, observamos que la autora realiza precisiones acerca de la noción de la “situación de clase” de las mujeres, trazando una distinción entre el sistema de género y el sistema de clases “clásico”; en tal caso, el sistema de género se basa en la organización social en clases, comprendiendo “las clases” o el género. Para Delphy, esta organización social en la que están las mujeres oprimidas y explotadas como grupo se llama patriarcado.

Con el fin de abordar particularmente el tema del trabajo doméstico no remunerado y las relaciones de las mujeres con la producción, en la perspectiva del feminismo materialista de Christine Delphy, en el marco general de la recepción del pensamiento beauvoiriano, nos proponemos el siguiente recorrido: explicitar la revisión crítica que realiza Beauvoir del marxismo clásico en referencia al planteo de la cuestión de la mujer —en

torno a la división y la jerarquización de sexos, el patriarcado y el contexto de matrimonio, la función de la reproducción y la opresión (I)—; comparar los métodos y las perspectivas de Delphy y Beauvoir, en particular en vista de un análisis de la cuestión de las mujeres trabajadoras (II). De tal modo, a partir de las obras *Le deuxième sexe* (1949) de Beauvoir y *L'ennemi principal* de Delphy, por un lado, consideramos el legado beauvoiriano en la perspectiva del feminismo materialista que presenta esta última en el análisis del modo de producción doméstico y las “labores domésticas” como trabajo no remunerado. Asimismo, sobre esta base, estimamos el actual tratamiento delphyano acerca de la división y la jerarquización social en clases y de género. Por otro lado, situamos estos temas y su tratamiento desde el feminismo materialista en algunos estudios latinoamericanos. Actualmente, el emergente de la ocupación masiva de las mujeres pobres, generalmente migrantes, en el “servicio doméstico”, ligado a la segregación y la feminización de la pobreza (Lerussi, 2007; Hidalgo Xirinachs, 2011), certifica que aunque se trata de un trabajo remunerado, subsiste la división y la jerarquización social, sobre todo “sexual”, en detrimento de las mujeres. De tal modo, observamos cómo el análisis de la cuestión de las mujeres trabajadoras se recepciona desde diferentes enfoques siguiendo la perspectiva del feminismo materialista. Precisamente, estos estudios profundizan su tratamiento de la organización social patriarcal, atendiendo a la intersección de género, clase y etnia, entre otras variables (III). En cuarto y último lugar, ampliamos el marco de la recepción del problema de la cuestión de las mujeres trabajadoras, en los términos que lo plantea Delphy, tomando como referente el análisis de Marcela Nari acerca de la “domesticación” de las mujeres en el ámbito doméstico, la función de las “labores domésticas”, y esto en relación con lo que la historiadora define como el maternalismo político (IV). Vale señalar que consideramos a Nari una de las exponentes del legado beauvoiriano en los estudios sobre historia de las mujeres en Argentina.

No está de más aclarar que, si bien hacemos hincapié en el servicio doméstico, vinculándolo al tema central del trabajo doméstico no remunerado,

¹ Se trata de una recopilación de diversos artículos que fueron publicados desde comienzos de la década del 70, y reunidos y publicados en el 2001 en dos volúmenes: *L'ennemi principal 1. Économie politique du patriarcat*; *L'ennemi principal 2. Penser le genre*. Algunos de estos artículos fueron traducidos al castellano y publicados con el título *Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos*, en 1985.

² Una traducción posible del título puede ser: *Clasificar, dominar. ¿Quiénes son los “otros”?* Actualmente no contamos con una traducción al castellano de esta obra, por lo cual realizamos una traducción propia.

reconocemos que éste es solo uno de los trabajos pagos que realizan las mujeres. No obstante, tenemos en cuenta el dato que observa sobre una masividad del empleo de mujeres en el servicio doméstico, como así también en el trabajo de cuidado de otras personas, en parte como consecuencia de que otras mujeres, en particular pertenecientes a los sectores sociales medios, dejan sus casas para ir a trabajar también afuera. Lejos de pensar que se trata de una forma de “sustitución” de un grupo de mujeres por otro –para Delphy dicha consideración sería dar prueba de un pensamiento sexista–, nos interesa resaltar que sigue operando una división y jerarquización de géneros o, como lo enunciara Beauvoir, de “sexos” en la medida que al servicio doméstico se lo continua viendo como un trabajo de mujeres.

I. Beauvoir: las críticas al marxismo y la cuestión de la mujer

Si bien Beauvoir no se define feminista al publicar *Le deuxième sexe* (Collin, 2006, p. 172, 2010, p. 71), su propuesta de “desbordar al materialismo histórico” (De Beauvoir, 2007, pp. 56-59) es significada décadas después desde diferentes perspectivas feministas. Estos feminismos muestran la especificidad de determinados problemas y sostienen que su análisis no se agota en la concepción de la lucha de clases. Precisamente, Christine Delphy es quien inicia este tipo de análisis (Portolés, 2005, p. 110)³ y expone en términos materialistas el problema del trabajo doméstico no remunerado, clave en el desarrollo de la cuestión de las mujeres trabajadoras.

Centrándonos en *Le deuxième sexe*, es importante resaltar que Beauvoir se interesa aquí en el carácter singular de la situación de las mujeres, ya sea en sus diferentes etapas de la vida –niña, joven, adulta, y también en la vejez– o en relación con los atributos o roles sociales como “esposa-madre”, prostituta, lesbiana, dócil o revolucionaria, negra o blanca, occidental u oriental. Se trata de una indagación

³ En su artículo “La teoría de las mujeres como clase social”, Asunción Oliva Portolés destaca que Delphy continua situándose dentro del “paradigma marxista”, aunque opta por denominarse materialista, ya que rebate algunos elementos del pensamiento de Marx y, en especial, del “marxismo ortodoxo. Portolés se remite a las afirmaciones de Delphy en el contexto de publicación, por ejemplo, de los artículos que integran *L'ennemi principal 2. Penser le genre*.

minuciosa ante la definición “yo soy mujer”; esto es, acerca de las condiciones y las situaciones vividas por cada mujer, pero en tanto esas situaciones son compartidas por el común de las mujeres. Desde nuestro punto de vista, Beauvoir desarrolla una perspectiva de análisis desnaturalizante del “ser mujer” a partir de su revisión del análisis de la teoría del materialismo histórico.

Vale aclarar que distinguimos, por un lado, el “análisis naturalizante” presente en determinados relatos o pensamientos que, al referirse a las relaciones humanas o a la creación de los sistemas de organización social, política y económica, la desigualdad entre varones y mujeres es reductible al ámbito de la naturaleza. Desde esta perspectiva, al dar cuenta de los roles y las situaciones de las mujeres, se toma a la naturaleza como fundamento; a partir de allí se presupone el lugar de la mujer estanco e inamovible. En todo caso, por otro lado, el “análisis desnaturalizante” del “ser mujer” posibilita dismantelar los sesgos “naturalizados”, o en tal caso sexistas, al focalizarse particularmente en la situación de sujeción común a las mujeres. A partir de esta perspectiva de análisis se pone en evidencia el modo en que operan diferentes discursos ya sea fundamentando o legitimando, por ejemplo, un lugar de inferioridad para las mujeres. En gran parte el desarrollo de este análisis desnaturalizante acerca de la situación de opresión que viven las mujeres se lo debemos a Simone de Beauvoir.

En *Le deuxième sexe*, la filósofa sostiene:

A causa de la tensión moral (...), a causa de todas las tareas que asumen, de las contradicciones en que se debaten, las mujeres están incesantemente acosadas hasta el límite de sus fuerzas; esto no significa que sus males sean imaginados: son reales y devoradores, como la situación a que dan expresión. Pero la situación no depende del cuerpo, es éste el que depende de aquella. (De Beauvoir, 2007, p. 692)

Esta definición de los “males” considerados en términos materiales y no ya metafísicos, en tanto expresan la situación que viven las mujeres, resulta clave para entender las reformulaciones que atañen a sus análisis y argumentaciones. Como señalamos, Beauvoir retoma el materialismo

histórico focalizándose en el caso de las mujeres y rechazando una explicación que naturaliza u “ontologiza” la opresión; este rechazo puede leerse en tensión con el pensamiento de Jean-Paul Sartre. Vale señalar además que estas reformulaciones del marxismo y del existencialismo sartreano tienen como punto de articulación la resignificación de la noción fenomenológica de “cuerpo vivido” de Merleau Ponty. En efecto, ser la “esposa de”, la “madre de” o una “Otra” a través de la cual el varón se busca a sí mismo (Cfr. De Beauvoir, 2007, p.59), son expresiones que se corporizan a partir de la situación de opresión.

Nos interesa hacer hincapié en la revisión del marxismo, desde la posición que Beauvoir adopta efectuando una reformulación del existencialismo. De tal modo, nos centramos en las críticas y la posición beauvoiriana con respecto a i) la división y jerarquización de los sexos; ii) la noción de patriarcado, particularmente en relación con el matrimonio; iii) la función social de la reproducción; y, por último, iv) su conceptualización de la opresión que viven las mujeres.

En primer lugar, explicitamos la reformulación que Beauvoir realiza de la idea de escisión de clases al poner en evidencia la funcionalidad social de la división y la jerarquía de sexos (Cfr. Beauvoir, 2007, p.22). De acuerdo con el principio del materialismo histórico de que la humanidad es producto de una realidad histórica, para Beauvoir la división y la jerarquización de sexos tampoco se fundan en la naturaleza. No obstante, si bien el factor económico resulta relevante al analizar la situación de las mujeres, para Beauvoir no basta únicamente una mirada economicista del problema de la explotación y la opresión de las mujeres. Para poder explicitar esta división y jerarquización de sexos, Beauvoir parte de la noción de la mujer como lo “Otro” del sujeto varón, en cada situación vivida particularmente; observa además sobre la necesidad de atender al entramado de “familia, clase, medio y raza” (De Beauvoir, 2007, p. 514). Desde esta perspectiva desnaturalizante, Beauvoir se refiere también al “sistema heterosexual” (Cfr. De Beauvoir, 2007, p. 347).

Si bien la revisión del marxismo recorre gran parte de *Le deuxième sexe*, es en el capítulo III,

“El punto de vista del materialismo histórico” de la primera parte “Destino”, donde Beauvoir introduce su análisis crítico de esta corriente. Por una parte, explicita su acuerdo con el principio fundamental del materialismo histórico y, particularmente, reconoce la relevancia del estudio histórico sobre la organización familiar y la división del trabajo según los “sexos” que Friedrich Engels presenta en *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (1884)⁴. Sin embargo, por otra parte, Beauvoir pone de manifiesto las limitaciones del materialismo histórico en general y del estudio de Engels en particular al abordar la historia de las mujeres y su situación como oprimidas.

En efecto, por una parte, en el capítulo II, Beauvoir afirma que “la teoría del materialismo histórico ha sacado a la luz verdades importantísimas. La Humanidad no es una especie animal: es una realidad histórica” (De Beauvoir, 2007, p. 53). Esto nos remite, precisamente, al principio metodológico de dicha teoría. En *La ideología alemana*, Marx y Engels enuncian: “nuestro punto de partida son los individuos reales, su acción y condiciones de vida materiales, tanto las que se encuentran realizadas como las que se realizan merced a aquellas. Punto de partida, pues, de cuya existencia es dable cerciorarse por pura vía empírica (Marx y Engels, 1939, pp. 19-20).

Precisamente, desde la perspectiva marxista acerca de la sociedad, las personas, en la producción social de su vida, se someten a relaciones determinadas, necesarias e independientes de su voluntad. Se trata de las relaciones de producción que en su conjunto, como lo afirma Marx, “constituyen la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia” (Marx, 1946, pp. 55-56). En el capitalismo, como estadio del desarrollo de las fuerzas productoras materiales, distinguimos dos grupos: por un lado, quienes venden su fuerza de trabajo, el proletariado; por otro lado, quienes

⁴ Esta obra es considerada como cofundadora del marxismo –así lo indica Georges Labica y lo afirma Alejandra Ciriza en “Retornar a Engels. Notas sobre feminismo y marxismo”, un estudio introductorio a *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (Engels, 2011, pp. 14-15) –, en tanto Engels presenta un análisis histórico de las relaciones entre la organización familiar y la propiedad privada, hacia fines del siglo XIX.

poseen los medios de producción, la burguesía. Ambas clases se constituyen a partir del cambio introducido en las condiciones económicas, o en el modo de producción, y entre ellas se plantean los antagonismos, la lucha de clases. Resulta fundamental el momento en que la clase oprimida, el proletariado, toma conciencia de la opresión y lucha por liberarse, como parte del paso del capitalismo a la revolución comunista.

En términos generales, Beauvoir coincide con la concepción marxista de la historia, pero en todo caso, si se trata de la historia del “hombre” en tanto productor, resulta necesario preguntarnos acerca de la historia de las mujeres a lo largo de los siglos. Esto es, además de la lucha de clases, se trata de poner en evidencia la situación de las mujeres en su condición de sometidas y oprimidas por la otra mitad de la Humanidad, los varones, como así también en lo que respecta a la conciencia de sí mismas y las posibilidades de liberación. De tal modo, Beauvoir afirma que “la conciencia que la mujer adquiere de sí misma no está definida por su sola sexualidad: refleja una situación que depende de la estructura económica de la sociedad, estructura que traduce el grado de evolución técnica alcanzado por la Humanidad” (De Beauvoir, 2007, p. 53). En este sentido, Beauvoir tiene en cuenta el rastreo que Engels hace de la historia de las mujeres, centrándose en el desarrollo de las técnicas y, en particular, en la división del trabajo, en la obra *El origen de la familia*.

Siguiendo los argumentos de Engels, Beauvoir señala algunas de las premisas principales que lleva al autor tanto a conceptualizar el “derecho paterno” como a afirmar que esto se trató de “la gran derrota histórica del sexo femenino” (De Beauvoir, 2007, p. 54; Engels, 2007, p. 134). En efecto, según Beauvoir, para Engels la “división primitiva del trabajo, los dos sexos constituyen ya, de algún modo, dos clases; entre estas clases hay igualdad; mientras el hombre caza y pesca, la mujer permanece en el hogar; pero las tareas domésticas entrañan una labor productiva...” (De Beauvoir, 2007, p. 54). Para Engels, puede explicarse esta derrota del sexo femenino a partir de las transformaciones en la división del trabajo a causa de la invención de nuevos instrumentos y de la evolución de la técnica.

Beauvoir va al nudo de la cuestión citando a Engels: “la misma causa que había asegurado a la mujer su anterior autoridad en la casa (su empleo exclusivo en las labores domésticas), aseguraba ahora la preponderancia del hombre: el trabajo doméstico de la mujer desaparecería desde entonces junto al trabajo productivo del hombre; el segundo lo era todo, y el primero un accesorio insignificante” (De Beauvoir, 2007, p. 54; Engels, 2007, p. 249). De tal modo, Engels afirma que “el derecho paterno sustituye entonces al derecho materno: la transmisión del dominio se efectúa de padre a hijo, y ya no de la mujer al clan” (Engels, 2007, p. 133).

Sin embargo, frente a estas conclusiones, por otra parte, Beauvoir detecta que aún queda sin explicarse las causas de la opresión de las mujeres por parte de los varones, situación que se sostiene a lo largo de la historia. Como señala, en *El origen de la familia*, Engels “ha tratado de reducir la oposición entre los sexos a un conflicto de clases; por otra parte, lo ha hecho sin mucha convicción. La tesis no es sostenible” (Beauvoir, 2007, p. 58). De este modo, la filósofa centra su análisis en la cuestión de la división y la jerarquización de los sexos, y su funcionalidad en el patriarcado. Sin distanciarse del principio del materialismo histórico, Beauvoir observa sus límites teóricos, en particular a partir de la posición engeliana, en tanto que “la división del trabajo por sexo y la opresión (...) evocan en algunos aspectos la división en clases; pero no se deben confundir: no hay ninguna base biológica en la escisión entre las clases” (Beauvoir, 2007, p. 58). No obstante, para Beauvoir, la conciencia que adquiere de sí misma la mujer no se define únicamente por su sexualidad; tampoco la situación que vive como la “Otra” es reductible al ámbito de la naturaleza. Un ejemplo clave es la opresión de las mujeres en el matrimonio (Cfr. De Beauvoir, 2007, p. 54).

De este modo, en segundo lugar, Beauvoir establece desde una mirada feminista la noción de patriarcado. Precisamente, en términos de la filósofa, “la historia nos muestra que los hombres siempre han ejercido todos los poderes concretos, desde los primeros tiempos del patriarcado” (Beauvoir, 2007, p. 139). Por consiguiente, la situación de dependencia, el sentimiento de inferioridad y el

modo en que las mujeres se constituyen como lo “Otro” de los varones, no son reductibles al origen de la comunidad familiar patriarcal, o a un momento del desarrollo de las técnicas que puede superarse con la supresión de la propiedad privada y la disolución de clases. Al detenernos en el capítulo II, “La familia”, de la obra mencionada de Engels, en el momento de dar cuenta del paso al patriarcado, leemos una cita de Marx donde se afirma que “esta parece ser la transición más natural” (Engels, 2011, p. 134). En este intento de explicación, el análisis engeliano se focaliza en el “poder exclusivo de los hombres” en cuanto a la función del jefe de la familia patriarcal y la funcionalidad del matrimonio (Engels, 2011, pp. 134-134). Ahora bien, sobre esta base de la evaluación de las condiciones que inciden en la determinación de los acontecimientos de la opresión de las mujeres –análisis que se lleva a cabo además con la aplicación del método de análisis progresivo-regresivo–, Beauvoir pone en evidencia que en la situación de la mujer casada y madre opera la soberanía del varón, no solo traducible en la dependencia económica, sino precisamente en la enajenación de la mujer en detrimento de su posibilidad de trascendencia.

En tercer lugar, así como Beauvoir analiza minuciosamente los constructos “mujer-casada” y “mujer-madre”, frente a una visión “naturalizante” en mitos, relatos y tesis, se focaliza en particular en la función de la reproducción. La autora observa con respecto a las mujeres que, históricamente, “tan importante como su capacidad productiva es su función reproductora, tanto en la economía social como en la vida individual” (De Beauvoir, 2007, p. 58). La crítica de Beauvoir frente a la consideración que con la supresión del sistema capitalista se dirimen además las condiciones de explotación y opresión de las mujeres, es argumentada a partir de ejemplos empíricos correspondiente a su época. Así, Beauvoir se refiere a las planificaciones en materia de política familiar en la URSS, donde se atiende al emergente poblacional acorde con las necesidades de producción. Asimismo, se observan los resultados operacionales de un mismo discurso sobre la maternidad en función de distintos contextos políticos-económico; esto mismo puede ser denominado, salvando las distancias, en

términos de “maternalismo político” (Nari, 2004). La efectividad de este discurso en el marco de la planificación social y política de la familia, pone en evidencia que más allá de las transformaciones estructurales de la mano del triunfo del socialismo, la situación de las mujeres y la posibilidad de control sobre su propio cuerpo, por ejemplo mediante el derecho al aborto, quedan supeditadas a intereses ajenos a sí mismas. De allí que Beauvoir asienta su posición “hay épocas en que es más útil hacer niños que manejar el arado. Engels ha escamoteado el problema; se limita a declarar que la comunidad socialista abolirá la familia, lo cual es una solución bastante abstracta” (De Beauvoir, 2007, p. 58). No obstante, Beauvoir revaloriza una perspectiva política socialista en el marco de las reivindicaciones de las mujeres trabajadoras y de su autonomía (Beauvoir, 2007, p. 675).

A partir de lo señalado hasta aquí, en cuarto y último lugar, abordamos la conceptualización beauvoiriana acerca de la opresión de las mujeres. Si bien nos centramos en el análisis de *Le deuxième sexe*, es importante en este caso tener en cuenta las formulaciones que la autora hace, previamente, en *Pour une morale de l'ambiguïté* (1947). En este ensayo, la situación de opresión que viven los “hombres”, lejos de ser considerada natural, se explica a partir de las relaciones entre ellos. En términos de la filósofa, “el hombre no está oprimido por las cosas; al contrario (...) el hombre no se revela contra las cosas: contra los otros hombres solamente (Beauvoir, 1956, p. 79). Si bien en esta obra Beauvoir toma como ejemplo la situación de las mujeres, como así también la de los niños y de los esclavos para referirse además a la relación entre libertad y situación, es en *Le deuxième sexe* donde se aborda la opresión específica que viven las mujeres.

En efecto, a partir de una concepción materialista de la historia, Beauvoir se refiere a la situación de opresión de las mujeres, por un lado, en relación con los intereses de los varones y particularmente en el contexto del matrimonio –en términos beauvoirianos: “el drama del matrimonio” (Beauvoir, 2007: p.459)–. Por otro lado, sostiene que la violencia que caracteriza los actos de los varones son actos aprendidos. Nótese que, siguiendo la concepción

marxista, Beauvoir discute con cierta reducción ontológica que formula Sartre.

Ante esto precisamos que, si bien Engels entrevé la cuestión de las mujeres, en relación con el derecho paterno y la familia patriarcal, Beauvoir rechaza algunas de las conclusiones a las que éste llega. Por un lado, para Beauvoir, la explicación de la opresión no puede reducirse a determinada realización de la inferioridad de las mujeres como efecto del desarrollo de la técnica que, como sostiene Engels, modifica el equilibrio de las fuerzas productivas. Concretamente, la inferioridad no basta por sí sola para explicar la opresión de las mujeres (Cfr. De Beauvoir, 2007, p. 78). Además, Beauvoir supone que la asociación entre sexos en torno a la división del trabajo pudo haber sido de otro modo, sin un desenlace en detrimento de la libertad de las mujeres. Por otro lado, la esclavitud o la opresión de las mujeres no son factibles de deducirse a partir de la propiedad privada y, por consiguiente, la abolición de esta no garantiza terminar con la situación de opresión de las mujeres (Cfr. De Beauvoir, 2007, pp. 57-59). Para Beauvoir es necesario tener en cuenta los intereses y la soberanía que ejercen los varones, pero en relación con una “infraestructura ontológica” (De Beauvoir, 2007, p. 57). En todo caso, la mujer se conoce y se elige tal y como los varones la definen, ya que su “ser-para-los-hombres” es uno de los factores esenciales de su condición concreta (Cfr. De Beauvoir, 2007, p. 135). Esto resulta crucial tanto para referirnos a la situación de las mujeres, como a las posibilidades de trascendencia y de liberación.

Aunque no ahondaremos en este punto, podemos señalar que, paralelamente a esta revisión crítica del marxismo, Beauvoir confronta y reformula el pensamiento existencialista sartreano, con respecto a la conceptualización relacional de situación y libertad, y esto ante las condiciones de existencia de la mujer. Básicamente, Beauvoir disiente en el modo en que Sartre presenta el par conceptual libertad-situación, como dos caras de una misma moneda. Desde nuestro punto de vista, la relación que plantea Beauvoir entre libertad y situación en el caso de las mujeres, nos remite a la distinción marxista de libertad, entendida como abstracta o concreta. Para el marxismo la libertad se comprende

vinculada a la necesidad o como “ilusión” en una situación de opresión (Marx, 2011, pp. 123, 157-158). En este sentido, consideramos que la libertad no puede ser concebida por fuera de las condiciones materiales de la existencia humana. Pero además, tenemos en cuenta que, a partir de su revisión del existencialismo sartreano acerca de la libertad y de la situación, Beauvoir se apropia y resignifica la perspectiva fenomenológica merleau-pontiana. En términos fenomenológicos, el cuerpo de las mujeres depende de la situación en mayor grado. Para Beauvoir, la situación no representa la otra cara de la libertad, o un producto común de la contingencia del en-sí y de la libertad como lo sostiene Sartre (Cfr. Sartre, 1986, p. 300); sino que, distanciándose de la concepción sartreana, la filósofa afirma que dicha situación constituye el límite de la libertad.

En *Le deuxième sexe*, Beauvoir afirma:

lo que define de una manera singular la situación de la mujer es que, siendo como todo ser humano una libertad autónoma, se descubre y se elige en un mundo donde los hombres le imponen que se asuma como lo Otro: se pretende fijarla en objeto y consagrarla a la inmanencia, ya que su trascendencia será perpetuamente trascendida por otra conciencia esencial y soberana. El drama de la mujer consiste en ese conflicto entre la reivindicación fundamental de todo sujeto que se plantea siempre como lo esencial y las exigencias de una situación que la constituye como inessential. (De Beauvoir, 2007, p. 31)

Beauvoir antepone a la noción sartreana de libertad, la degradación de la trascendencia de la mujer (López Pardina, 1998, pp. 46-47). Esta degradación, es decir, la situación de ser-para-el-varón, se expresa corporalmente; se define a la situación como el condicionante de los rasgos biológicos y, en todo caso, el cuerpo es el que depende de la situación. Por consiguiente, la situación delimita y constriñe a la libertad de diverso y más complejo modo que a los varones (Femenías, 2003, p. 19).

Como señalamos, siguiendo la concepción marxista acerca de la opresión, Beauvoir se refiere a esta situación que viven las mujeres en relación con los intereses y la soberanía que ejercen los varones, pero haciendo hincapié en una “infraestructura ontológica”, en tanto que se concibe a un “Otro”,

en este caso la mujer quien se halla confinada en la inmanencia. No obstante, sostenemos que Beauvoir no reduce su explicación a una cuestión ontológica ya que, como lo afirma, la violencia ejercida por los varones, como correlato de la opresión que viven las mujeres, son actos aprendidos. Esto es, así como la inferioridad de las mujeres tiene su origen en la sociedad, la violencia es definida como actos que se imitan (Cfr. De Beauvoir, 2007, pp. 270- 271). Uno de los ejemplos reside en los actos violentos que un varón repite para asentar la autoridad ante la “mujer esposa” y los hijos, en el ámbito de la familia. En los términos de Beauvoir “esta comedia es para la mujer una cotidiana realidad” (De Beauvoir, 2007, p. 438). Concretamente, sostenemos que, a partir del principio del materialismo histórico, Beauvoir se refiere a la historia de las mujeres y, en específico, a la situación de opresión, teniendo en cuenta las causas económicas en tanto orientan el desarrollo social y cultural; sin embargo, al pretender dar una explicación completa de dicha opresión, Beauvoir se refiere al modo que las mujeres quedan confinadas en la inmanencia. Es decir que, además de esta concepción marxista, Beauvoir da cuenta a la vez de la supremacía de los varones y del modo en que se constituyen la conciencia de las mujeres como lo “Otro”, por un lado, en relación con una “infraestructura ontológica”, en términos existencialistas, por otro lado, en tanto experiencia vivida, de acuerdo con una perspectiva fenomenológica.

De allí que Beauvoir concluye:

La devaluación de la femineidad ha sido una etapa necesaria para la evolución humana; pero hubiera podido engendrar una colaboración de ambos sexos; la opresión se explica por la tendencia del existente a evadirse enajenándose en el otro, al cual oprime con ese fin; hoy en día, vuelve a encontrarse en cada hombre esta tendencia singular, y la inmensa mayoría cede a ella: el marido se busca en su esposa, el amante en su querida, bajo la figura de una estatua de piedra... (De Beauvoir, 2007, p. 713).

El aporte de Beauvoir al marxismo reside en repensar las condiciones materiales y las situaciones concretas que viven las mujeres, como así también

las posibilidades de tomar conciencia ante la opresión y proyectar la liberación. Por consiguiente, no basta con el análisis y la resolución desde el materialismo, sino que es preciso “desbordarlo”. Esto es, retomando la perspectiva marxista de la sociedad, se tiene en cuenta la distinción, por un lado, de la infraestructura económica, con determinadas relaciones de producción y donde priman intereses, fines y móviles dispares que definen a las clases y también su antagonismo; por otro lado, sobre esta base, el condicionamiento del proceso de vida social, política e intelectual en general. No obstante, al dismantelar el problema de la opresión de las mujeres en relación con los intereses de los varones, como así también la supremacía de estos, se pone en evidencia determinadas raíces que superan un abordaje económico de la cuestión. De allí que, para Beauvoir, la abolición de clases no representa necesariamente una solución para terminar con la opresión de las mujeres, puesto que claramente no se trata de suprimir a las mujeres en su situación de clase.

Siguiendo el pensamiento beauvoiriano, no solo debemos tener en cuenta la cuestión de clase, sino que al abordarse la cuestión de la mujer es necesario referirse a la situación específica en tanto mujeres, en el marco de las perspectivas del existencialismo y de la fenomenología. De este modo, además de las condiciones reales de existencia, el lugar de la mujer como la “Otra”, tanto en la configuración de la división y jerarquización de los sexos –su rol en el matrimonio, la designación compulsiva de las tareas doméstica y la prioridad de la maternidad o el valor social de la reproducción por encima de otros proyectos de vida–, como en la constitución de la conciencia de sí misma, dan cuenta de la situación de opresión de las mujeres. Sin lugar a dudas, el pensamiento beauvoiriano y el horizonte de recepción que se configura con este, resulta central para el desarrollo de la teoría y la praxis feminista.

Sin ir más lejos, aúnes materia de reinterpretaciones su célebre frase: “no se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica de femenino.

Únicamente la mediación de otro puede constituir a un individuo como Otro” (Beauvoir, 2007, p. 207). En este sentido, nos parece interesante señalar además la relación del análisis beauvoiriano con la posterior formulación de la noción de género y su respectiva perspectiva analítica. Si bien en las obras de Beauvoir no se presenta una definición del concepto de género, consideramos que su análisis minucioso de las caracterizaciones y los mandatos en torno de un pretendido “ser mujer”, hacen a ese entramado teórico que, hacia fines de la década del 70, se condensa en este concepto, en el contexto intelectual norteamericano.

II. Los métodos y las perspectivas: las mujeres trabajadoras y el legado beauvoiriano en el feminismo materialista de Delphy

Para plantear quién es y cómo funciona el *enemigo principal*, Delphy retoma la propuesta de Beauvoir de desbordar al materialismo histórico, pero con la particularidad de atender, sobre todo, a las necesidades teóricas que se les presentan a los movimientos de mujeres, en general, y al movimiento feminista, en particular. De tal modo, desde la posición del feminismo materialista, la socióloga y pensadora francesa, proyecta “una revolución del conocimiento” –en la medida que el desarrollo del feminismo materialista es decisivo para los movimientos sociales, para la lucha feminista y también para el conocimiento–, aportando un punto de vista materialista renovado para el abordaje y la explicación del modo en que la explotación patriarcal conforma la base para la opresión de las mujeres.

Pero antes de abordar el análisis de Delphy, nos interesa destacar algunas analogías entre ambas pensadoras, referidas al método y al análisis de la cuestión de las mujeres trabajadoras. En esta parte del trabajo abordamos i) el método beauvoiriano de análisis regresivo-progresivo y, desde allí ii) el legado de Beauvoir en el pensamiento de Delphy, su perspectiva y metodología de análisis del feminismo materialista.

i. El método beauvoiriano de análisis regresivo-progresivo: hacia las mujeres trabajadoras e independientes

Beauvoir confronta con la idea de que la humanidad, en gran parte compuesta por las mujeres, es una especie animal; asimismo, pone en evidencia que esta idea aparece explícita o implícitamente en gran parte de las tesis y discursos filosóficos y científicos. Se trata de una idea que subyace a la fundamentación, por ejemplo, de la inferioridad de las mujeres, adjudicada a una naturaleza “femenina”, de Aristóteles a Freud. El análisis de Beauvoir, como así también el despliegue de una perspectiva analítica desnaturalizante, son viables con la implementación de un método al que denominamos método analítico regresivo-progresivo.

En cuanto a este método, podemos precisar que se articulan dos momentos. De modo retrospectivo se evidencian las condiciones que contribuyeron a formar el estado de opresión de las mujeres, hasta la configuración vigente del acontecimiento (Casale, 2010, pp. 48 y 49). Como resultado de la aplicación del método, Beauvoir pone en evidencia la división y jerarquización de sexos y la situación de opresión que viven las mujeres en diferentes momentos de la historia y en diversos contextos culturales. No obstante, como contraparte al lugar asignado a las mujeres en la familia y respecto de las tareas que asumen en el mismo ámbito doméstico –entre las cuales se hallan las “labores” y las tareas de cuidado en relación con la maternidad y en el contexto de matrimonio fundamentalmente–, Beauvoir se refiere a las mujeres trabajadoras. En tal caso, reivindica su rol en tanto que el trabajo remunerado hace posible cierta independencia económica. Si bien esto no agota las posibilidades de obtener una plena autonomía, tratándose ésta de un proyecto de emancipación colectiva, al menos garantiza los primeros pasos a la independencia de las mujeres. Beauvoir lo expone claramente en el capítulo I, “La mujer independiente”, correspondiente a la parte tercera, “Hacia la liberación”. Allí, la filósofa problematiza acerca de la situación de las mujeres trabajadoras, tomado una posición desde el socialismo:

no hay que creer que la simple yuxtaposición del derecho a votar y de un oficio constituya una perfecta liberación: el trabajo hoy no es la libertad. Solamente en un mundo socialista,

cuando la mujer acceda a aquél, se asegurará ésta. La mayoría de los trabajadores son hoy día explotados. Por otra parte, la estructura social no ha sido profundamente modificada por la evolución de la condición femenina. Este mundo, que siempre ha pertenecido a los hombres, conserva todavía la fisonomía que le han dado ellos. No hay que perder de vista estos hechos, que constituyen la base de la complejidad de la cuestión del trabajo femenino. (Beauvoir, 2007, pp. 675-676).

En este punto, Beauvoir asienta su posición política marxista, aunque poniendo en relevancia la cuestión de la mujer trabajadora; se trata de las mujeres de la clase económicamente oprimida, el proletariado. De acuerdo con Engels, Beauvoir sostiene que el trabajo no representa la plena libertad para las mujeres, y en particular en el contexto del sistema capitalista. Precisamente, para Engels

la emancipación de la mujer no se hace posible sino cuando ésta puede participar en gran escala, en escala social, en la producción, y el trabajo doméstico no le ocupe sino un tiempo insignificante. Esta condición sólo puede realizarse con la gran industria moderna, que (...) tiende más y más a transformar el trabajo doméstico privado en una industria pública (Engels, 2011, pp. 249-250).

Tanto Beauvoir como Engels piensan la emancipación de las mujeres en simultáneo con el desarrollo de sociedades socialistas. No obstante, como lo señalamos, por un lado, al buscar una solución frente a la opresión de las mujeres, Beauvoir explicita que no basta con las transformaciones económicas radicales: la abolición de la propiedad privada y la supresión de clases. Por otro lado, sin referirse a un contexto de triunfo socialista, Beauvoir toma como ejemplo la visión que se tiene sobre las trabajadoras “privilegiadas”. Se trata de algunas mujeres que encuentran en su profesión una autonomía económica y social, pero si bien se liberan económicamente de los varones, Beauvoir afirma que, en su contexto, aún no se registra una situación moral, social y psicológica que las iguale a las condiciones de estos (Cfr. De Beauvoir, 2007, p. 677).

Podemos señalar que, desde una posición renovada del marxismo, Beauvoir piensa las vías de emancipación de las mujeres, sin alinearlas en la reivindicación de los derechos sociales y políticos, de algún modo enmarcados en una demanda de corte liberal. Así, la filósofa explicita la posibilidad de un proyecto de transformación a escala cultural, social y también político-económico, pero ante todo a partir de la constitución de una conciencia de sí misma, por parte de las mujeres, que garantice proyectar la liberación y el cambio de las relaciones reales entre los sexos.

ii. Delphy: el feminismo materialista y el legado beauvoiriano

De tal modo, consideramos que, por una parte, así como Simone de Beauvoir se refiere a los “males reales” que viven las mujeres, Christine Delphy advierte sobre estos “males” focalizándose precisamente en el trabajo doméstico como base de la explotación de las mujeres. Por otra parte, trazamos un puente entre el pensamiento beauvoiriano y la perspectiva de análisis delphyana respecto al abordaje del problema del reconocimiento de las mujeres. Así como Beauvoir señala el drama del no reconocimiento de la mujer como sujeto (Cfr. De Beauvoir, 2007: 31), Delphy ilumina uno de los puntos nodales del problema del reconocimiento de las mujeres, en tanto que el trabajo doméstico, cotidiano e histórico, carece del valor que sí poseen los trabajos que reúnen a la clase obrera. Para esto, como en la aplicación del método regresivo-progresivo y el análisis beauvoiriano de la cuestión de la mujer a partir de la revisión del marxismo, análogamente, Delphy reformula los resultados de algunos estudios contemporáneos sobre el trabajo doméstico y renueva el enfoque del análisis materialista.

Con respecto a estos estudios, Delphy selecciona una serie de artículos cubanos y estadounidenses que, si bien consideran al trabajo doméstico como productivo, sin embargo declaran que su “no-valor”, su “no-remuneración” son consecuencia de la propia naturaleza de los servicios domésticos. Para Delphy, estas declaraciones en tales estudios conllevan un residuo de la ideología dominante; consecuentemente ocultan que las mismas

relaciones de producción son las que excluyen a las “labores domésticas” de su valoración. Dicho en términos de la autora:

lejos de ser la naturaleza de los trabajos realizados por las mujeres la que explica sus relaciones de producción, son estas relaciones de producción las que explican que sus trabajos se vean excluidos del mundo del valor. Quienes se ven excluidas del mercado (y del intercambio) son las mujeres, en tanto que agentes económicos, y no su producción (Delphy, 1985, p. 14).

A partir de la comparación de los resultados de una diversidad de estudios, Delphy remarca que es la familia, y particularmente el contexto de matrimonio, el ámbito de explotación de las mujeres. Además de las investigaciones de Margaret Benson y Suzie Olah, en el contexto norteamericano, y del artículo publicado en Cuba, Delphy se refiere también a otro artículo y a un manifiesto franceses (Delphy, 1985, pp. 12-13)⁵. Para Delphy, en tanto que las tareas domésticas, la crianza y la educación de las criaturas son percibidas como responsabilidades de las mujeres y como tareas a las que no corresponde una remuneración, deben ser abordadas como relaciones específicas con la producción.

Sobre esta base, Delphy señala que es preciso además: 1- analizar las relaciones existentes entre la naturaleza de los bienes, el trabajo doméstico y el modo de producción de estos bienes y “servicios”; 2- proceder a realizar un análisis de clases de las mujeres y 3- a partir de este análisis, esbozar a grandes rasgos las perspectivas políticas del movimiento en términos de objetivos, de movilización y de alianzas políticas (Cfr. Delphy, 1985, p.13).

En primer lugar, a partir de una serie de ejemplos que recorren diferentes momentos históricos y contextos culturales, Delphy destaca que, en el ámbito de la familia, las mujeres, además de ser re-

productoras, crean bienes materiales particulares, los procedentes del trabajo doméstico. Lo particular de este modo de trabajo es que no es reconocido como productivo y, por ende, carece de un valor de cambio. Para su análisis, Delphy toma en cuenta las relaciones existentes, pero no ya solo entre proletariado y burguesía, sino entre mujeres y varones. Asimismo, pone en evidencia el vínculo entre estas relaciones, la división sexual del trabajo y la producción de bienes, particularmente en el ámbito doméstico.

Por tanto, Delphy se centra en las relaciones de producción del trabajo doméstico, la naturaleza y la finalidad del producto, destacando que, además de estar destinados para consumo dentro de la familia, también lo están para abastecer al mercado. Delphy ejemplifica con el modo de producción en las familias campesinas, ya sea en Francia o Marruecos, explicitando el rol de las mujeres y el rol del varón, padre o esposo, como el “jefe”. Sin ir más lejos, Delphy recoge el dato que, en Francia, en el año 1968, las esposas de agricultores dedicaban una media de 4 (cuatro) horas diarias a los trabajos agrícolas (Delphy, 1985, pp.14-15). Claramente, estos bienes producidos en el ámbito de la familia, mediante el trabajo doméstico, tienen algún tipo de valor, además del valor de uso, pero que no es reconocido en el circuito de intercambio. En este sentido, Delphy señala las limitaciones del marxismo al no reconocer que el trabajo doméstico realizado por las mujeres, a lo largo de la historia, produzca algún tipo de valor de cambio (Portolés, 2005, pp. 112-113). En una entrevista realizada a Delphy, posteriormente a la publicación de sus artículos⁶, al referirse al trabajo doméstico y su posible valor, la autora precisa que “lo esencial es que el trabajo de las mujeres no tiene valor, independientemente de su contenido, y que esto indica que las mujeres no lo poseen y no pueden intercambiarlo” (De entrevista a Delphy, 1985, p. 9).

A partir de este análisis, Delphy especifica el modo de producción doméstico como base de la explotación de las mujeres. Aclara además que no debe interpretarse que la familia funciona única-

⁵Delphy hace referencia a varios artículos. Por un lado, se refiere a dos artículos enmarcados en el debate sobre la opresión de las mujeres en Estados Unidos: el artículo de Margaret Benson: “La economía política de la liberación de la mujer” y el de Suzie Olah: “The Economic Function of the Opression of Women”. Por otro lado, menciona un artículo cubano: “Contra el trabajo invisible”, el cual extrae del libro *Hacia una conciencia de la liberación de la mujer* de Dumoulin, J. y Largaía, I., editado en Barcelona por la editorial Anagrama en 1976. Por último, se remite a un manifiesto inédito en Francia, perteneciente al grupo F.M.A. Justo con este manifiesto, recomienda la lectura del artículo publicado en *L'Idiot International*, de mayo 1970.

⁶Tomamos como referencia la entrevista que le realiza D. Leger a Ch. Delphy, titulada “Debate: capitalismo, patriarcado y lucha de las mujeres”, y que la hallamos en la publicación en castellano de *Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos* (1985).

mente al servicio del capitalismo. Según la autora, la familia continúa cumpliendo determinadas funciones que no son útiles para el capitalismo (Cfr. De entrevista a Delphy, 1985, p. 4). No obstante, en el contexto del capitalismo, se reconoce además lo que actualmente conocemos como la “doble jornada”, esto es: la distribución del tiempo entre, por un lado, la jornada laboral por la cual se percibe un salario, es decir el trabajo al que se le asigna un valor de uso y de cambio; por otro lado, el trabajo doméstico, como cocinar, lavar, criar niños y niñas, y cuidar de los ancianos o de las personas enfermas, que como señalamos no cuenta con valor para su intercambio, careciendo así de remuneración.

Por consiguiente, en segundo lugar, destacamos que, en su condición de explotadas, se constituye una situación de clase determinada de las mujeres, y esto en términos de la redefinición que realiza Delphy distanciándose de la concepción marxista de sistema de clases. Retomando el ejemplo de la esposa del agricultor, Delphy muestra que, en tanto perteneciente al campesinado, esta mujer sufre además la explotación del padre o jefe de familia. Al referirse a la relación de producción en la familia moderna, Delphy observa que el marido es quien tiene el rol de jefe y la mujer es quien obedece. Ahora bien, se diferencia, por un lado, la producción del marido en tanto se integra al circuito mercantil, pero esta producción que tiene valor de uso y de cambio en el mercado, comprende, por otro lado, una producción que le está subordinada. Se trata del trabajo doméstico gratuito, no integrado formalmente a ese circuito mercantil. Sobre esta base, Delphy afirma que, en función del matrimonio y del trabajo doméstico no remunerado, las mujeres comparten una posición común de clase social. Por consiguiente, Delphy propone realizar un análisis de la “situación de clase” de las mujeres.

En cuanto al tercer punto, debemos tener en cuenta que, en términos de Delphy, el análisis materialista de la opresión de las mujeres no puede sustituir a la rebelión feminista, de hecho tiene su origen en ella (Cfr. Delphy, 1985, p. 123). En concreto, la liberación de las mujeres es posible con la destrucción total del sistema de producción y de reproducción patriarcal. El objetivo último del Movimiento de Liberación de las Mujeres, como lo expresa Del-

phy, es la revolución, esto es, la toma del poder político. Ante esto, para la autora, el movimiento debe prepararse para la lucha revolucionaria: por un lado, la movilización debe realizarse sobre la base de la opresión patriarcal y, por ende, incluyendo a todas las “individuas” oprimidas; se pone así el acento en la solidaridad, la toma de conciencia y, podemos precisar, en la dinámica de *concienciación* entre las mujeres. Por otro lado, afirma Delphy que, “las alianzas y tácticas a corto plazo del movimiento con otros grupos, movimientos o partidos revolucionarios deben efectuarse a partir de una adhesión sin ambigüedades a estos últimos objetivos del movimiento” (Delphy, 1985, p. 28). Claramente, la lucha de las mujeres, pero también de la sociedad toda, es ante todo, la destrucción del patriarcado.

Consideramos que, desde la perspectiva del feminismo materialista, y a modo de principios de análisis, Delphy retoma algunos de los tópicos y la problematización beauvoirianos. Respectivamente, en el primer punto (1), al evaluar Delphy que el trabajo cotidiano de las mujeres, como lo es el doméstico, carece de valor y remuneración, o ni siquiera es calificado como productivo, de algún modo volvemos sobre una dinámica de no-reconocimiento de las mujeres como lo enunciara Beauvoir: “el drama de la mujer”, la mujer no reconocida como sujeto. A partir del segundo principio de análisis (2), Delphy retoma críticamente y reformula la noción de sistema de clases, de la cual Beauvoir no se desentiende sino que señala sus límites en el análisis de la división y la jerarquización de los sexos y, en particular, de opresión de las mujeres. Beauvoir se refiere a las mujeres trabajadoras, ya sea pertenecientes a la clase económicamente oprimida o como “privilegiadas”. En todo caso, según el lugar que ocupan las mujeres en las jerarquías sociales, sus situaciones presentan variaciones aunque siempre supeditadas a una jerarquización de los sexos. No obstante, como lo señalamos, para Beauvoir no basta únicamente un análisis clasista. Por su parte, Delphy redefine el análisis de clases centrándose en la “situación de clase” de las mujeres. De allí que, por ejemplo, en algunos casos es factible que las mujeres que comparten un medio burgués con sus maridos, al separarse pasan a ser proletarias en tanto no son dueñas de los medios de producción, sino que el propietario es el

varón. Básicamente, las mujeres comparten con el marido el medio social, pero no la clase. En cuanto al tercer principio (3), si tenemos en cuenta el análisis de la opresión de las mujeres en el contexto de explotación patriarcal y capitalista, esta perspectiva teórica se articula con la praxis feminista y se hace tangible en el movimiento de mujeres. En este sentido, se pone en relevancia una dinámica de reconocimiento de las mujeres, como así también entre las mujeres. Así como Beauvoir señala que las mujeres no dicen “nosotras” dado que no se sitúan auténticamente como sujeto (Cfr. De Beauvoir, 2007, p. 21), a partir del análisis de Delphy esta dinámica de reconocimiento es factible como un proceso de toma de conciencia y de *concienciación* basado en la autopercepción y la percepción colectiva en tanto “nosotras” las mujeres trabajadoras. Por tanto, ante lo señalado hasta aquí, consideramos estas revisiones que realiza Beauvoir del marxismo como piedra de toque para la teoría feminista en general y para el feminismo materialista en particular tal como lo presenta Christine Delphy.

III. Delphy y su recepción: las “labores domésticas” como trabajo no remunerado y el “servicio doméstico”

A partir de lo señalado del análisis delphyano en *L'ennemi principal*, nos detenemos en un primer momento en el examen de las “labores domésticas” como trabajo no remunerado; lejos de adjudicarse a una naturaleza femenina, constituyen la clave de la explotación patriarcal. Hacia la actualidad, esta tesis se complejiza en su abordaje analítico desde las variables de género, clases y etnia. Sin ahondar en esto, nos referimos a una de sus recientes obras: *Classer, dominer. Qui sont les “autres”?* y la ampliación de su indagación y análisis materialista acerca de la división y las jerarquías sociales. En un segundo momento, reflexionamos acerca de la ocupación de las mujeres en el servicio doméstico a partir de los estudios de Romina Lerussi, (2007) y de Roxana Hidalgo Xirinachs (2011), teniendo en cuenta además la vinculación con el análisis materialista delphyano. Aunque en el caso del servicio doméstico nos referimos a un trabajo remunerado, observamos que continúan operando similares mecanismos de segregación de las mujeres. A partir de

estos estudios latinoamericanos, damos cuenta además del rol de las mujeres migrantes, como mano de obra “destinada” al servicio doméstico ya sea en países hegemónicos, pero también en los no hegemónicos con una clase alta económicamente significativa.

i. Delphy: el trabajo doméstico no remunerado y las variables de género, clase y etnia

En *L'ennemi principal*, Delphy centra su examen en el modo en que i) el control de la reproducción y la explotación sexual conforman la base para la opresión de las mujeres. Asimismo, en esta línea, Delphy ilumina ii) la situación de las mujeres trabajadoras y en lo referente al trabajo doméstico, entendido como el trabajo del “ama de casa”, clasificado como “no-valor”; esto es: no reconocido como trabajo a lo largo de la historia (Cfr. Delphy, 1985, pp. 13-14). Sobre la base de este análisis, nos focalizamos, por un lado, en la definición de opresión, puesto que la consideramos una respuesta clave de frente al debate en torno al interrogante “¿en qué consiste la opresión de las mujeres?”. En este debate acerca de la opresión de las mujeres, fundamental para los feminismos en los años 70, Delphy elabora una respuesta desde su posición, presentando el problema de la opresión vinculado a la organización social del patriarcado. Por otro lado, nos centramos en la cuestión de las mujeres trabajadoras, su situación y el no reconocimiento del trabajo doméstico, clasificado como “no-valor”, “no-remunerado” o gratuito.

En cuanto al control de la reproducción y la explotación sexual, Delphy pone en evidencia cómo en el ámbito familiar y bajo el contrato matrimonial se ejecuta la explotación patriarcal, la cual constituye la opresión común, específica y principal de las mujeres. Esto es, resulta común porque afecta a todas las mujeres casadas; es específica porque se le impone a las mujeres la obligación de prestar trabajos domésticos gratuitos; y principal porque aunque la mujer realice una “doble jornada”, trabajando además “fuera de la casa”, la pertenencia de clase está condicionada por la explotación en tanto que mujeres (Delphy, 1985, p. 27). Con respecto al trabajo “fuera de casa”, Delphy observa que operan determinadas “tácticas de la segregación”. Estas

tácticas pueden tener diferentes formas: la de la discriminación, la vertical o la horizontal. La segregación a causa de la discriminación se presenta como una forma pura. La segregación vertical se refiere a que las mujeres generalmente ocupan las posiciones más bajas en cada categoría socio-profesional. En cuanto a la segregación horizontal se observa que subsisten ramas de la producción en las que solo se encuentran mujeres y que sus salarios son más bajos (Delphy, 2001, 2, pp. 300-3002; Portolés, 2005, p. 116). Podemos pensar a modo de ejemplo la ocupación de las mujeres en el “servicio doméstico” y la consecuencia de segregación que este conlleva, particularmente en la forma de segregación horizontal. Esto mismo lo retomamos luego, al pensar la situación de las mujeres como mano de obra empleada en el servicio doméstico.

Nos parece importante resaltar que, si bien el empleo en este servicio doméstico es en parte consecuencia de que las mujeres, pertenecientes a los sectores sociales medios, dejan sus casas para ir a trabajar a fuera, muchas de ellas como profesionales, no lo consideramos un modo de “reemplazo” de un grupo de mujeres por otro. Como señala Delphy, por un lado, los trabajos domésticos no pueden ser considerados en bloque puesto que, al tener en cuenta el consumo de las familias, se observa que dicho consumo no es igual para todas ellas, ni en cuanto a los bienes ni tampoco en cuanto a los servicios. Por otro lado, como sabemos, estos servicios dentro de cada casa, los proporcionan las mujeres. Para Delphy, concretamente, “es absurdo decir: «cuando una mujer tiene una criada, ésta la sustituye». La criada no la sustituye: hace unas cosas que liberan el tiempo de la mujer para que ésta pueda hacer otras cosas. No verlo es dar prueba de un pensamiento sexista. Y no hay sólo mujeres de burgués y mujeres de proletario. También existen las mujeres de agricultor y las mujeres de artesano, que no son ni lo uno ni lo otro” (De entrevista a Delphy, 1985, p. 7).

De allí que Delphy sostiene que la opresión, común, específica y principal de las mujeres, se produce como efecto de la explotación patriarcal. Como lo señalamos, para Delphy la explotación particular de las mujeres merece un tratamiento como clase, distintamente a la definición marxista del sistema de clases. A tal punto que para Delphy no basta el

análisis de la relación antagónica entre el proletariado y la burguesía. La idea de una clase homogénea, como el proletariado, se derrumba al pensar en la situación de las mujeres explotadas, precisamente en su condición de mujeres.

Con respecto al debate acerca del interrogante “¿en qué consiste la opresión de las mujeres?”, donde se sitúa la posición feminista materialista, podemos señalar que consta en varios de sus artículos reunidos en *L'ennemi principal*. Por un lado, como lo abordamos, Delphy explicita las diferentes posiciones en torno al debate sobre la opresión de las mujeres, por ejemplo en los artículos franceses, cubanos y estadounidense ya señalados, y desde allí enfatiza las condiciones materiales de las mujeres, determinadas por la explotación patriarcal. En todo caso, la opresión de las mujeres se constituye a partir de la explotación patriarcal.

Por otro lado, Delphy refiere como parte de este debate en el modo mismo que las mujeres nos reconocemos y nos autodefinimos. En efecto, en su artículo « Le patriarcat, le féminisme et leurs intellectuelles »⁷, Delphy hace mención del modo autorreferencial al nombrarnos “nosotras”⁸. Esto se vincula precisamente a la situación de opresión y su crítica a los grupos de mujeres socialistas de cómo encararan estas luchas específicas. Delphy señala que “los grupos de extrema izquierda luchan por la liberación y la llegada al poder de un proletariado del que no forman parte (...). Las contradicciones que resultan de esta situación, de entrada son desconocidas para las feministas: nosotras no luchamos para otros, sino para nosotras mismas; nosotras y no otros, somos las víctimas de la opresión que denunciamos y combatimos” (Delphy, 1985, p. 120).

Precisamente, en la década de los años 70, Delphy observa que todas las sociedades, incluso las

⁷ Este artículo es publicado en un primer momento en la revista *Nouvelles Questions Féministes & Questions Féministes*, No. 2, « Féminisme: quelles politiques? » (octubre 1981). Posteriormente se publica en *L'ennemi principal 2. Penser le genre*, Paris, 2001. Asimismo contamos con un traducción al castellano, con el título: “El patriarcado, el feminismo y sus intelectuales” en *Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos*, 1985.

⁸ Debemos tener en cuenta aquí que el pronombre «nous», en primera persona del plural en francés, no presenta marca de género, a diferencia del castellano “nosotras”. No obstante, Delphy explicita esta forma de auto-denominación y remite a su sustancialización como ya lo había hecho Beauvoir en la Introducción de *Le deuxième sexe* (Beauvoir, 2007: 21).

que adoptaron un modelo económico y político socialista, se basan en el trabajo gratuito de las mujeres. Tanto las consideradas “labores domésticas” como el trabajo de cuidado, son concebidos como responsabilidad exclusiva de las mujeres y por ende tareas no remuneradas. En este sentido, Delphy observa que “histórica y etimológicamente, la familia es una unidad de producción” (Delphy, 1985, p. 15); la familia, y con ella el matrimonio, garantiza el modo de explotación sexual, en detrimento de las mujeres. En este sentido, resulta clave además vincular el análisis de Delphy con la distinción entre el ámbito privado y el ámbito público, y con ello el lema “lo personal es político”, adjudicado a la activista y pensadora Carol Hanisch⁹. Aunque vale recordar que, con anterioridad, es Kate Millet quien lo expresa y analiza en su obra *Sexual Politics* (1968). Lo que nos interesa resaltar aquí es que en dicha obra, Kate Millet amplía la revisión crítica de la tesis engeliana centrándose en la condición de reproductora de las mujeres, especifica el concepto de patriarcado y conjuga en su análisis las variantes de género, clase y la cuestión “racial”. Teniendo en cuenta estos desarrollos del pensamiento feminista, sus diferentes vertientes, ya sea en el contexto norteamericano como en el francés, observamos la incidencia del pensamiento beauvoiriano en la formulación de la noción de género y los desarrollos de su respectiva perspectiva analítica.

Vale mencionar que, en sus investigaciones actuales, al reflexionar sobre la funcionalidad del *enemigo principal*, las reflexiones de Christine Delphy se sitúan en una Francia habitada por migrantes pertenecientes a diversidad étnica, social y religiosa. Precisamente en uno de sus últimos libros, *Classer, dominer. Qui sont les “autres”?*, Delphy se refiere a las cuestiones étnicas, de clases y de género, pero también a las cuestiones religiosas y de castas, en términos de divisiones y jerarquías sociales. Si bien continúa la línea de análisis beauvoiriana atendiendo al entramado de “familia, clase, medio y raza”, Delphy presenta su análisis en un contexto diferente

en el cual pensó su “maestra” Simone de Beauvoir. En efecto, en *Classer...* Delphy retoma el tratamiento materialista de la opresión, la marginación, como así también de la dominación y la “normalidad”, y refuerza su análisis sobre la base de las diferencias y las jerarquías sociales. En este sentido, Delphy afirma que la división entre mujeres y varones se construye al mismo tiempo que su jerarquía, y no antes. Simultáneamente, por el mismo movimiento, que una distinción social se crea —entre proletarios/as y capitalistas, blancos y no/blancos, y los/las homosexuales—, también se funda la jerarquía oponiendo superiores a inferiores (Delphy, 2008, p. 7).

Desde una mirada retrospectiva, Delphy observa que desde 1975, en el momento de escribir «Pour un féminisme matérialiste», opuso a todas las “explicaciones idealistas” de la opresión de las mujeres una perspectiva materialista. Asimismo, afirma que la tesis según la cual los seres humanos no soportan “la diferencia” es una tesis sobre la naturaleza humana, una tesis esencialista, por lo tanto idealista. Es así como en *Classer...*, siguiendo la perspectiva materialista, Delphy no se limita en su análisis a la opresión de las mujeres, sino que trata también sobre la opresión de los no-blancos y de los y las homosexuales. Según Delphy, lo que es común a estas tres opresiones, es que cada una divide al conjunto de la sociedad en dos categorías o en dos campos. Pero cada una crea su propia línea divisoria y distribuye a la misma población de manera diferente. Esto lleva a que cada persona sea necesariamente clasificada como varones o mujer, pero también necesariamente como blanco o negro y de modo igualmente necesario como homosexual o heterosexual. Así, podemos formar parte del grupo dominado de una división, del grupo dominante de otra y otra vez del grupo dominado de una tercera, así como podemos ser dominados en las tres divisiones o dominantes en todas ellas (Delphy, 2008, pp. 8-9). En cuanto las precisiones que Delphy realiza en torno a la idea de las mujeres como clase en esta última obra, destacamos la distinción entre el sistema de género y el sistema de clases “clásico”. Para Delphy, el sistema de género, que divide la humanidad en dos grupos jerarquizados, se basa en la organización social en clases —abarcando las clases o el género—. Esta organización social en la que están

⁹ Carol Hanisch, es miembro de dos grupos feministas de tendencia feminista radical: “New York Radical Women”, traducido como “Mujeres Radicales de Nueva York” y “Redstockings”, traducido como “Medias Rojas”. En 1969 publicó un ensayo titulado “The Personal is Political”, frase que se constituye como emblemática para el feminismo, en particular para el feminismo radical.

las mujeres oprimidas y explotadas como grupo se llama patriarcado. En todo caso, en términos de la autora, el sistema de género es el aspecto cognitivo del patriarcado, y el género mismo es una construcción social producida por una organización política y económica injusta (Cfr. Delphy, 2008: 57-58).

Como señalamos, Delphy se refiere al género, anteriormente, en su artículo «Le patriarcat, le féminisme et leurs intellectuelles», como un producto de la opresión y, en todo caso, al sexo como una categoría del género, como constructo. En términos de Delphy, la jerarquía de la división del trabajo, anterior a la división técnica del trabajo, crea los roles sexuales, al género, y por consiguiente, el género es el que crea al sexo (Delphy, 1985, p. 118). De tal modo, Delphy, como discípula de Beauvoir, desde los años 70, reflexiona acerca de una doble exigencia, teórica y política, para un movimiento de mujeres. En este sentido, Delphy intenta proporcionar los fundamentos para un análisis materialista de la opresión de las mujeres, al tiempo que se opone a las “explicaciones idealistas” de la opresión de las mujeres.

ii. Algunas reflexiones sobre el “servicio doméstico” remunerado: jerarquías sociales y de sexos

Nos interesa vincular el tratamiento delphyano materialista de la explotación de las mujeres y el trabajo doméstico no remunerado con el análisis del servicio doméstico en algunos estudios latinoamericanos. Principalmente, consideramos el emergente de la ocupación masiva de las mujeres en el servicio doméstico, ligado a la segregación y la feminización de la pobreza (Lerussi, 2007; Hidalgo Xirinachs, 2011). Estas investigaciones muestran además que son las mujeres pobres y en condición de migrantes las que abastecen el mercado laboral que demanda mano de obra para el servicio doméstico, por ejemplo desde países hegemónicos, pero también de los no hegemónicos con una clase alta económicamente significativa. En este sentido, reflexionamos sobre la mano de obra femenina “destinada” al servicio doméstico, como otro ejemplo de que coexisten la explotación patriarcal y la capitalista, produciendo también mecanismos de segregación de las mujeres.

En primer lugar nos referimos al artículo de Roxana Hidalgo Xirinachs, “El trabajo doméstico

remunerado y las luchas feministas en Costa Rica” (2011). La autora resalta que, si bien en las tres o cuatro últimas décadas las mujeres se incorporaron a diferentes niveles educativos, se profesionalizaron y ocuparon lugares y cargos en trabajos antes considerados masculinos¹⁰, actualmente se registran importantes formas de desigualdad en el mercado laboral. Por un lado, las diferencias se establecen con respecto a remuneración por el trabajo realizado, que no solo marca la brecha entre pobres y ricos, sino además entre “los sexos”, dicho en términos beauvoirianos. Como observa Hidalgo Xirinachs, hay una marcada diferencia entre los ingresos salariales, siendo inferiores los de las mujeres en comparación con los varones. Ante esta situación, se produce una segregación de las mujeres, ya sea en los grupos ocupacionales, y según el lugar jerárquico que se ocupa, o a nivel de desempleo abierto y de subempleo. Asimismo, a la par de una segregación crece lo que denominamos la “feminización de la pobreza”; estas características se acrecientan en los hogares pobres con jefatura femenina. Hidalgo Xirinachs se centra, por otro lado, en las condiciones de las mujeres que desempeñan el trabajo doméstico remunerado, o servicio doméstico, en su mayoría migrantes.

En este sentido, la autora introduce varias perspectivas teóricas- conceptuales¹¹, entre las cuales nos interesa tomar la de Romina Lerussi, con respecto a la función de la “esfera privada-doméstica”. Precisamente, es aquí donde se reproducen las relaciones de poder que deben ser abordadas en la intersección de géneros, clases y culturas. Estas cuestiones, o variables como ya lo indicara Beauvoir, implican dimensiones políticas que, en los términos de Lerussi, deben ser reconocidas, cuestionadas y subvertidas. En este sentido, se remarca que en América Latina quienes se emplean en el servicio doméstico son en mayor parte mujeres indígenas,

¹⁰ Hidalgo Xirinachs analiza el caso de Costa Rica y entre algunos datos, señala que en materia de educación, la población femenina supera el 50% de la matrícula en los niveles tanto de enseñanza primaria y secundaria como también en la enseñanza técnica y universitaria. En el campo laboral las mujeres actualmente participan en actividades artísticas, culturales, académicas y de investigación, e incluso políticas, económicas y militares.

¹¹ Algunas de las investigadoras o pensadoras referenciales para Hidalgo Xirinachs son: Nancy Fraser, Carol Pateman, Arlie Hochschild, Cristina Carrasco, Gisela Bock, Saskia Sassen, Elizabeth Kusnesof, Celia Amorós, Rosa Cobo, Romina Lerussi y María Luisa Femenías.

negras, mestizas o mulatas. Estas autoras subrayan tanto el aspecto simbólico de la explotación como el material. Tomamos como referencia el estudio de Roxana Hidalgo Xirinachs y las investigaciones de Romina Lerussi, para mostrar que el servicio doméstico, aunque remunerado, es otro ejemplo de la explotación de las mujeres y de las modalidades de segregación que se generan en el patriarcado. Notablemente, las mujeres pobres y migrantes son las que se ocupan del servicio doméstico; un trabajo de menor consideración entre las ocupaciones socio-profesionales. Como lo explicita Roxana Hidalgo Xirinachs, la salida masiva de las mujeres de clase media, media alta, e incluso baja, muchas ellas profesionales, al trabajar en el ámbito público, provoca una demanda de trabajadoras domésticas. Esto es notable en Europa y Norteamérica, pero también en una gran cantidad de los países del resto del mundo, como, por ejemplo, Costa Rica. Las autoras se refieren a la oferta masiva de mujeres migrantes en el nivel transfronterizo y transnacional, pensando por ejemplo en la crisis económica en México y Centroamérica (Cfr. Hidalgo Xirinachs, 2011, en Labrys, n°20)

Ahora bien, observamos que, cuando Hidalgo Xirinachs subraya la vinculación del servicio doméstico a una dinámica de segregación y a la feminización de la pobreza, volvemos sobre las “tácticas de la segregación” que explicita Delphy. Claramente, el servicio doméstico es una de las ramas laborales menos calificadas, en la que se emplean mayormente mujeres y reciben salarios globalmente más bajos (Delphy, 2001, II, pp. 300-3002; Portolés, 2005, p. 116). Esto nos certifica que en tales casos la remuneración no remedia el problema de división y jerarquización social en detrimento de las mujeres. De este modo, nos interesa remarcar la continuidad del análisis delphyano situando el tema de la explotación de las mujeres y su tratamiento desde el feminismo materialista en estos estudios latinoamericanos. Como observamos, actualmente, estos estudios muestran el funcionamiento de la organización social patriarcal y el modo de explotación de las mujeres, a la vez profundizan su tratamiento desde la intersección de género, clase y etnia, entre otras variables.

iii. La recepción del problema de las “labores domésticas” como trabajo no remunerado: Marcela Nari y el maternalismo político

Retomando la línea de recepción del pensamiento beauvoiriano, el desarrollo del feminismo materialista representado en este caso por Christine Delphy, y ante el panorama en que se presenta el problema de la cuestión de las mujeres trabajadoras, nos parece interesante además abordar estos temas en los estudios de la historiadora argentina Marcela Alejandra Nari. En efecto, Nari analiza tanto la cuestión de las mujeres trabajadoras, como la situación en el ámbito doméstico y las “labores domésticas”, en relación con lo que define como el maternalismo político, anclado en discursos disciplinares, políticos y en las mismas políticas públicas argentinas. No obstante, reconocemos que el tratamiento de la maternidad o el ideal maternal, también en Argentina, es llevado a cabo desde diferentes perspectivas por otras investigadoras, que incluso anteceden los estudios de Nari. Es el caso, por ejemplo, de Clara Coria, psicóloga argentina, quien en su obra *El sexo oculto del dinero* (2006), indaga acerca de la dependencia económica en las mujeres, en específico la situación de la prostitución, como así también el ideal maternal, como paradigma de lo femenino¹².

Sin embargo, priorizamos abordar aquí los estudios de Marcela Nari, puesto que consideramos su obra una pieza relevante en el horizonte de la recepción del pensamiento beauvoiriano en Argentina y Latinoamérica. En este sentido, en primer lugar, observamos que tanto en su tesis doctoral, como en la mayoría de sus artículos publicados en libros y revistas, Nari presenta como eje temático común la situación de las mujeres anclada en la función de la maternidad, y esto es tratado junto al análisis de sus funciones políticas y los intereses de clase,

¹²En *El sexo oculto del dinero*, Coria analiza las relaciones desiguales entre varones y mujeres, en torno a la posesión del dinero y en el marco de una cultura patriarcal. Para la autora, “las connotaciones de prostitución están arraigadas y se observan en los comportamientos de la vida cotidiana” (Coria, 2006, p. 42). Estas connotaciones, o lo que Coria identifica como el “fantasma” de la prostitución, está vinculado al de la “mala madre” y al de la “femineidad dudosa”. Coria analiza el ideal maternal y además la representación de la “mala madre”. De cara a la vida cotidiana, las mujeres enfrentan las disyuntivas en relación con la división del trabajo en la familia, las dificultades en cuanto a la remuneración de su trabajo como profesionales, los sentimientos de culpa que provocan ciertas prácticas económicas y se plantea, en términos de la autora, el dilema ¿mala madre o mujer pública?

en específico en Argentina. En segundo lugar, resulta relevante señalar que Nari indaga acerca de la recepción de las obras de Simone de Beauvoir a partir de mediados de los años 50, particularmente en Argentina. En estas investigaciones Nari pone a consideración la obra *Le deuxième sexe* de la filósofa francesa, trazando caminos posibles desde sus primeras traducciones, pasando por los debates que se suscitan en prestigiosos grupos de intelectuales, como por ejemplo en la revista *Sur*¹³, hasta los grupos de *concienciación* entre activistas y pensadoras feministas. Si bien Nari concluye que *Le deuxième sexe* no es la obra más influyente en el feminismo argentino y latinoamericano, nos interesa poner en juego el reconocimiento que ella misma hace de la conformación de un horizonte intelectual feminista, y la recepción metodológica y teórico-conceptual beauvoiriana, en el cual ubicamos también su obra.

Nos detenemos en el primer aspecto señalado, esto es, referido al estudio y al análisis que Nari presenta en su tesis doctoral, publicada en el año 2004 bajo el título *Políticas de maternidad y maternalismo político; Buenos Aires (1890-1940)*¹⁴. En esta obra, Nari se refiere a las bases materiales e ideológicas de la ideología maternal: una ideología que subyace a las políticas públicas acorde con las preocupaciones sobre población, la mortalidad infantil y la desnatalización, que entrañan un pensamiento eugenésico –como la propuesta por ejemplo del “matrimonio eugénico”¹⁵– y sostiene el ideal de la mujer ligado a la reproducción. Paradójicamente, Nari muestra además los corrimientos del discurso anclado en el ideal de la maternidad hacia los feminismos¹⁶. En este sentido, nos interesa su análisis en

el que se distingue la domesticación de la mujer y la invención de la mujer doméstica por un lado, y la participación de las mujeres en el mercado de trabajo y el trabajo asalariado, por otro lado.

A grandes rasgos, por una parte, Nari se refiere a la urgencia política de la “cuestión familiar”, por ejemplo, las preocupaciones ante lo que se consideraban los “desórdenes” domésticos y el interés por la jerarquización en la familia, y con ello las políticas de domesticación de las mujeres. La justificación del lugar asignado socialmente a las mujeres y las tareas que por “obligación” estas debían cumplir, en especial en el ámbito doméstico, tenían como fundamento la naturalización de las supuestas características femeninas. Basándose por ejemplo en documentos de la época, como la *Guía de la mujer o lecciones de economía doméstica para las madres de familia* (Buenos Aires, 1880), Nari observa que las mujeres eran caracterizadas como “seres naturalmente dispuestos al hogar porque se consideraba que su organismo era más débil, su entendimiento más vivo, su corazón formado expresamente para amar con ternura” (Nari, 2004, p. 73). De una serie de documentos y tesis, Nari detecta la tensión naturaleza-cultura, en específico al hacer hincapié en un carácter de obligatoriedad de los mandatos femeninos, y el de las esposas-madres, en el seno de la familia.

En este sentido, observa Nari, los trabajos del “ama de casa” no tenían ninguna “contra-parte material”; esto es, son, y así lo deben ser, gratuitos. Esta gratuidad hallaba su fundamento en la adjudicación de un carácter “natural”, propio de las actividades de las mujeres, aunque de todos modos estos trabajos o “labores” resultarían productos de un aprendizaje sistemático y su importancia debiera ser destacada, sobre todo por las políticas de Estado (Cfr. Nari, 2004, pp. 75). Para ejemplificar, Nari se refiere a determinados manuales donde pueden encontrarse el listado de tareas domésticas. En estos manuales se precisa que el trabajo doméstico debe tener un carácter sistemático y regular, con la finalidad de ir preparando a las hijas mujeres para llegar a ser “amas de casa” (Nari, 2004, p. 76). Asimismo,

¹³ Se trata de una renombrada revista literaria, fundada por la escritora Victoria Ocampo, que sale por primera vez a la luz en Argentina en el año 1931.

¹⁴ Sus investigaciones son llevadas a cabo a mediados de la década de los 90, momento en que la autora publica una serie de artículos que dan cuenta de dichas indagaciones. En todo caso, la publicación de su tesis doctoral es una obra póstuma.

¹⁵ Nari se refiere a la selección de los progenitores, que consiste en “estimular la unión y la concepción entre determinadas personas consideradas *sanas, morales, e inteligentes*; e impedirles en determinados tipos de enfermos (...) supuestamente capaces de transmitirlos por herencia o de dar origen a seres débiles o atrasados” (Nari, 2004: p. 49).

¹⁶ Tenemos en cuenta además los ejemplos y el análisis que Nari presenta en su artículo “Maternidad, política y feminismo” (2000). Precisamente, al referirse al contexto de la lucha por el voto femenino en Argentina -previo a la sanción del sufragio femenino en 1947-, Nari observa que se esgrimen fundamentos basados en el rol de la mujer como madre. Uno de estos ejemplos se encuentra en las declaraciones

de la dirigente socialista Alicia Moreau, quien sostiene que en un sistema democrático son justamente las madres de los ciudadanos las mejor capacitadas para proteger la vida y la paz.

es interesante remarcar que en dichos manuales de economía doméstica aparece una sección de “labores”, como por ejemplo la confección de prendas “sencillas”. Además, la tarea de “buena cocina” se articulaba con la salud de la familia (Nari, 2004, p. 76). Para Nari, en base a determinada definición del trabajo doméstico en sentido técnico, y de acuerdo a la imposición de criterios de “rendimiento” y “eficacia”, “el trabajo doméstico era incompatible con cualquier otra tarea (incluido el esparcimiento), pero fundamentalmente con el trabajo asalariado. Justificado por la eugenesia, entroncado en la ideología familiarista deseada, la mujer, y la sociedad junto a ella, se perderían en el mercado. Un mercado que aceptaba gustosamente como consumidora y culpablemente como fuerza de trabajo” (Nari, 2004, p. 77).

En este sentido, por otra parte, en cuanto a la participación de las mujeres en el mercado de trabajo, Nari muestra la funcionalidad de la división sexual en el mismo. Esto es, el mercado de trabajo como reproductor y creador de nuevas pautas para la división sexual de las tareas. Es decir que este “reproducción y creaba también estereotipos de género” (Nari, 2004: 81). De tal modo, Nari señala, entre algunos de los efectos la división sexual en el mercado de trabajo y la segregación de las trabajadoras en determinadas ocupaciones, uno relacionado a la calificación y el otro al nivel salarial. Con respecto a este último, Nari precisa que “la discriminación salarial podía adoptar dos formas: las mujeres eran segregadas en las ocupaciones peor remuneradas del mercado o recibían menores jornales (...) que los varones por realizar igual tarea (Nari, 2004, p. 83). Tanto el tema de la “cuestión de la mujer” como el del maternalismo político, se encuentran desarrollados además en varios artículos de Marcela Nari, entre ellos: “La educación de la mujer (o acerca de cómo cocinar y cambiar los pañales a su bebé de manera científica)” (1995); “Maternidad, política y feminismo” (2000a); y “El feminismo frente a la cuestión de la mujer en las primeras décadas del siglo XX” (2000b). Además de un eje temático común, estos textos ponen en juego la desnaturalización de la figura de la madre como resultado del despliegue de una metodología acorde con la teoría feminista y la perspectiva de estudios de género.

A partir de sus investigaciones y análisis, resal-

tamos que Nari da cuenta de la especificidad de la educación de las mujeres en el ámbito doméstico y de cierta posibilidad de profesionalización, pero en contraste con el control social de la maternidad. Como lo indica la autora, en su artículo “La educación de la mujer (o acerca de cómo cocinar y cambiar los pañales a su bebé de manera científica)”, así como desde el Estado se promueve la profesionalización de la “nueva” ama de casa, quien necesita saber economía, química e higiene para poder administrar y llevar su casa, estas se ven imposibilitadas de regirse por sus conocimientos concernientes en especial al embarazo, al parto y la alimentación de los niños y de las niñas. Según Nari, la utilidad de la educación de la mujer se basa en su repercusión social. Esto es, al mismo tiempo que la elevación al estatus científico del trabajo doméstico se legitima y se incorpora a la educación, también se justifica su reclusión en el hogar. De tal modo, observa Nari, con la llamada “ciencia doméstica”, hacia fines del siglo XIX, se impone un nuevo ideal de “ama de casa” emocional e intelectualmente comprometida. Sin embargo, gracias a la profesionalización, muchas mujeres logran ser maestras, luego médicas, y se transforman así en propulsoras de la enseñanza de la Puericultura y Economía Doméstica (como Cecilia Grierson y Elvira Rawson). No obstante, observa Nari, las cátedras universitarias en Argentina les son negadas a las mujeres hasta la década del 30. Vale remarcar que las consecuencias de que las mujeres se profesionalizaran y ocuparan otros lugares en la sociedad eran vistas como una amenaza para los varones, sobre todo por la posibilidad de ejercer el poder. En este sentido, la “cuestión de la mujer” se presenta en este momento como un problema para los varones, como así también para diferentes sectores políticos en general.

Ante lo expuesto aquí, consideramos, por un lado, la perspectiva de análisis desnaturalizante de la situación de las mujeres “amas de casa” y la puesta en evidencia del carácter político que reviste el rol de la maternidad. En este sentido, pensamos que las investigaciones históricas de Marcela Nari resignifican la perspectiva materialista anunciada en el análisis de Simone de Beauvoir y desarrollada en términos metodológicos por una de su discípula, Christine Delphy.

En cuanto a la vinculación con el análisis delphyano desde el feminismo materialista, podemos hacer hincapié en: la articulación de los mecanismos de segregación en relación con las ocupaciones de las mujeres, ya sea en los trabajos remunerados o en el trabajo doméstico gratuito; la relación entre la naturalización de las supuestas características femeninas y el lugar que ocupan las mujeres en la división del trabajo. Ante la adjudicación de un carácter “natural” como fundamento de la gratuidad del trabajo doméstico, Nari muestra lo paradójico de un aprendizaje sistemático, hasta una especialización técnica podríamos afirmar, de las mujeres en el cumplimiento de las “labores domésticas”. No por nada, estas “labores domésticas” y la formación de las mujeres en su desempeño son destacadas por las políticas públicas en Buenos Aires entre los años 1890 y 1940, coincidiendo con el proceso de conformación del Estado Nacional Argentino. Por ese entonces, el trabajo doméstico se reviste de un carácter ideal, por lo cual aparece como incompatible con el trabajo asalariado. Sin embargo, muchas de esas “labores”, como la confección de prendas “sencillas”, ejemplo que da Nari, tienen, además de un valor de uso, un valor de cambio, aunque no reconocido en el mercado y no remunerado, tal como lo afirma Delphy.

Por otro lado, a partir de los estudios de Nari, podemos reflexionar acerca de actuales políticas públicas y legislaciones referidas a las mujeres trabajadoras, pero también acerca de la pertinencia o no de la implementación de leyes que reconozcan el trabajo de las “amas de casas”, en términos remunerativos y en materia de derechos como la jubilación. Sin entrar en este amplio debate, pensamos que, si bien estas leyes son significativas en términos materiales y simbólicos para muchas mujeres adultas mayores, conlleva el riesgo, por ejemplo, de sedimentación de la división de los “sexos” en torno a la distinción de trabajos. Precisamente, no podemos pasar por alto que, en muchos de nuestros países, el trabajo doméstico cotidiano es llevado a cabo por las mujeres desde temprana edad, prácticamente de un modo normativo. Por lo cual, ante la posibilidad de un reconocimiento por parte del Estado, en términos económicos y sociales, del trabajo del “ama de casa”, es necesario evaluar entre algunos de los

riesgos que se corren el de solidificar la creencia de que las mujeres ocupan “por naturaleza” el ámbito doméstico y son las indicadas, por este mismo carácter “natural”, a realizar trabajos domésticos y de cuidado. En todo caso, se pone en evidencia que nuestro *enemigo principal* sigue siendo el patriarcado, en alianza con otros sistemas económicos y políticos, como el capitalismo.

IV. A modo de conclusión

Por lo dicho hasta aquí, consideramos que, así como Simone de Beauvoir se refiere a los “males reales” que viven las mujeres, Christine Delphy advierte sobre estos “males” focalizándose precisamente en el trabajo doméstico gratuito como base de la explotación de las mujeres. En ambas pensadoras se presenta un tratamiento materialista de la situación de opresión que viven las mujeres, pero es Delphy quien lo desarrolla. En todo caso, Beauvoir ilumina, además, el problema de la conciencia de sí misma de la mujer, aunque desde una posición existencialista; Delphy recoge como fundamental la cuestión de la conciencia de la situación de clase de las mujeres, oponiéndose a cualquier explicación “idealista”.

Esto es, por una parte, a partir de la revisión del marxismo clásico –pero también de la reformulación del existencialismo sartreano y la resignificación de la perspectiva fenomenológica merleau-pontiana–, Beauvoir indaga acerca de la división y jerarquización de los sexos y pone en evidencia que, la mujer, a lo largo de la historia del patriarcado, es lo “Otro” para el sujeto varón, y en tanto experiencia vivida. Asimismo, Beauvoir evidencia el doble carácter de la explotación de las mujeres como reproductoras y productoras, y conceptualiza la opresión en tanto situación que viven el común de las mujeres. No obstante, Beauvoir reflexiona acerca de las posibilidades de garantizar cierta independencia económica y un camino hacia la autonomía de las mujeres mediante el trabajo remunerado, además de la liberación en términos colectivos. Por otra parte, de manera análoga, Delphy asume la propuesta beauvoiriana de desbordar el análisis del materialismo histórico, en la búsqueda de las causas de la opresión de las mujeres.

De esta forma, Delphy se centra en la función

del trabajo doméstico no remunerado, el que realizan cotidiana e históricamente las mujeres, e indaga sobre el modo de producción doméstico, como base de la explotación de las mujeres. Se destaca en el análisis de Delphy la articulación de la explotación capitalista y la patriarcal en la “doble jornada”: los horarios cumplidos en el trabajo asalariado y la continuidad de la jornada en el hogar o en el ámbito familiar como trabajo doméstico gratuito. No obstante, si bien tanto Beauvoir como Delphy plantean la relación entre el patriarcado y el capitalismo, al analizar y explicar específicamente en qué consiste la opresión de las mujeres, es esta última pensadora quien avanza en un análisis estructural. Concretamente, para Delphy la opresión, común, específica y principal de las mujeres, se produce como efecto de la explotación patriarcal. En este sentido, Delphy toma distancia de la concepción clásica del sistema de clases, definiendo la situación de clase de las mujeres; en tanto mujeres casadas, obligadas a prestar “servicios” domésticos gratuitos e, incluso, aunque trabajen “fuera de la casa”, su pertenencia de clase está condicionada por la explotación en tanto que mujeres.

Sobre esta base teórico-conceptual que nos provee el análisis feminista materialista que despliega Christine Delphy, y su legado beauvoiriano, situamos el tema de la explotación patriarcal, el trabajo doméstico y los mecanismos de segregación de las mujeres en algunos estudios latinoamericanos. Por una parte, a partir de las investigaciones de Romina Lerussi y de Roxana Hidalgo Xirinachs, ponemos en evidencia que, en la actualidad, el emergente de

la ocupación masiva de las mujeres pobres, generalmente migrantes, en el servicio doméstico, ligado a la segregación y la feminización de la pobreza, certifica que aunque se trata de un trabajo remunerado subsiste el problema de la división y la jerarquización social en detrimento de las mujeres. Como lo señalamos, además, estos estudios profundizan su tratamiento desde la intersección de género, clase y etnia, entre otras variables. Por otra parte, y en último lugar, ampliamos el marco de la recepción del pensamiento beauvoiriano, en particular del problema de la cuestión de las mujeres trabajadoras, en los términos que lo plantea Delphy, tomando como referente el análisis de Marcela Nari acerca de las “labores domésticas” y el maternalismo político. Claramente, reconocemos que en la historia argentina la “cuestión de la mujer” se presenta, como un problema para los varones y para diferentes sectores políticos.

Según lo planteado, resulta clave hasta nuestra actualidad la propuesta de Christine Delphy de precisar quién es nuestro *enemigo principal*. Podemos preguntarnos: ¿acaso hablamos del patriarcado, del sistema capitalista, o del sistema heterosexual? Sí, en términos de Delphy podemos identificar algo más específico aún. Nuestro enemigo, en la Francia de Delphy y, podríamos agregar, en nuestros países latinoamericanos como así también en muchas otras culturas y naciones, se llama trabajo doméstico no remunerado, paradójicamente no reconocido como trabajo, como base de la explotación patriarcal que constituye la opresión común, específica y principal de las mujeres.

Referencias bibliográficas

- De Beauvoir, Simone. (2007) [1949]. *El segundo sexo*, 2 Vol. En García, Juan (Trad.). Reedición. Buenos Aires: Sudamericana.
- De Beauvoir, Simone. (1956) [1947]. *Para una moral de la ambigüedad*. Solero, F. J. (Trad.) F. J. Solero. Buenos Aires: Schapire
- Casale, Rolando. (2010). Algunas coincidencias entre Sartre y Beauvoir sobre el método progresivo-regresivo. En Cagnolati Beatriz y Femenías, María L. (Comps.). *Las encrucijadas de "el otro sexo"*. La Plata: Edulp.
- Ciriza, Alejandra. (2007). *Retornar a Engels. Notas sobre las relaciones entre feminismo y marxismo. Estudio introductorio a El origen de la familia, de la propiedad y del Estado*. Buenos Aires: Luxemburg.
- Collin, Françoise. (2006). *Praxis de la diferencia. Liberación y libertad*. Barcelona: Icaria.
- Collin, Françoise. (2010). No se nace mujer y se nace mujer. Las ambigüedades de Simone de Beauvoir. En Cagnolati Beatriz y Femenías, María L. (Comps.). *Las encrucijadas de "el otro sexo"*. La Plata: Edulp.
- Coria, Clara. (2006). *El sexo oculto del dinero*. Buenos Aires-México: Paidós.
- Delphy, Christine. (1985). Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos. En, Bofill, Mireia, Angela Cadenas, Àngela y Petit, Eulàlia (Trads.). *Cuadernos inacabados 2.3*. 2da edición. Barcelona: LaSal.
- Delphy, Christine. (1981). Le patriarcat, le féminisme et leurs intellectuelles. *Nouvelles Questions Féministes & Questions Féministes* [On-line], 2, 58-74. Recuperado de <http://ressourcesfeministes.files.wordpress.com/2000/01/christine-delphy-le-patriarcat-le-fc3a9minisme-et-leurs-intellectuelles.pdf>
- Delphy, Christine. (2001). *L'ennemi principal 1. Économie politique du patriarcat*. Paris: Syllepse. Collection Nouvelles Questions Féministes
- Delphy, Christine. (2001), *L'ennemi principal 2. Penser le genre*. Paris: Syllepse. Collection Nouvelles Questions Féministes, Paris.
- Delphy, Christine. (2008). *Classer, dominer. Qui sont les "autres"?*. Paris : La fabrique.
- Engels, Friedrich. (2007). *El origen de la familia, de la propiedad y del Estado*. Buenos Aires: Luxemburg.
- Femenías, María Luisa. (2003). *Judith Butler: Introducción a su lectura*. Buenos Aires: Catálogos.
- Hidalgo Xirinachs, Roxana. (2011). El trabajo doméstico remunerado y las luchas feministas en Costa Rica. *Labrys études féministes/ estudios feministas*, n° 20. Recuperado de <http://www.tanianavarros-wain.com.br/labrys/labrys20/AL/roxana.htm>
- Labica, Georges. (1997), *Engels savant et révolutionnaire*. Paris: PUF.
- Lerussi, Romina. (2007). *Trabajadoras domésticas nicaragienses en Costa Rica. Memorias de investigación*. San José: Cefemina Mimeografiado.
- López, María Teresa. (1998). *Simone de Beauvoir: Una filósofa del siglo XX*. Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Marx, Karl. (1946). *Crítica de la economía política*. Buenos Aires: El Quijote.
- Marx, Karl. (2011). *El Capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marx, K. y Engels, F. (1939). *La ideología alemana*. Buenos Aires: Vita Nuova.
- Millet, Kate. (1993). *Sexual Politics*. Great Britain: Virago,
- Nari, Marcela A. (1995). La educación de la mujer (o acerca de cómo cocinar y cambiar los pañales a su bebé de manera científica). *Mora*, 1, 31-45.
- Nari, Marcela A. (2000a). Maternidad, política y feminismo. En Gil Lozano, Fernanda; P i t a , Valeria Silvina e Ini, María Gabriela (Dirs.) *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX*. Tomo 2. Buenos Aires: Taurus.
- Nari, Marcela A. (2000b). El feminismo frente a la cuestión de la mujer en las primeras décadas del siglo XX. En Suriano, Juan (Comp.). *La cuestión social en argentina, 1870- 1943*, Buenos Aires: Editorial La Colmena.
- Nari, Marcela A. (2002). No se nace feminista, se llega a serlo: lecturas y recuerdos de Simone de Beauvoir en Argentina (1950-1990). *Mora*, 8, 59-72.
- Nari, Marcela A. (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires (1890-1940)*. Buenos Aires: Biblos.
- Portolés, Asunción. (2005). La teoría de las mujeres como clase social. En Amorós, Celia y de Miguel, Ana (Eds). *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización. Del feminismo liberal a la posmodernidad*. Madrid : Minerva.
- Sartre, Jean Paul. (1986) [1943]. *El ser y la nada. Ensayo de ontología fenomenológica*. Valmar, Juan (Trad.). Buenos Aires: Losada.